

## ***Dos escenarios. Las caras del machismo***

El 11 de abril entró en vigor en Francia la disposición que prohíbe a las mujeres (y solo a las mujeres) vestir en espacios públicos un modelo específico de indumentaria, el llamado "burka". El motivo que sustenta dicha disposición es que el burka es el atuendo que usan las mujeres musulmanas ortodoxas, y en aquel país los legisladores tienen la certeza de que quienes visten el burka lo hacen coaccionadas por los varones de su familia.

Según los legisladores franceses, esta supuesta coacción sobre la mujer proviene de la esfera íntima (y no pública, ya que en Francia no hay una mayoría musulmana) y refleja un problema grave subyacente que consiste en que, para el Islam en su lectura más literal, la mujer es considerada un objeto. Como objeto, cada mujer pertenece a un varón (primero a un padre y/o a unos hermanos; más tarde a un esposo; en caso de viudedad y de mayoría de edad de los hijos varones, en cierta medida es competencia de estos), por lo que no debe exhibir su físico fuera de su espacio doméstico para no despertar libidos ajenas.

Desde este punto de vista, la prohibición del uso del burka en la esfera pública parece una idea audaz que garantiza la protección de la mujer. Convencidos de que una mujer subyugada tiene su capacidad de denuncia mermada, una ley superior a la norma doméstica es impuesta a nivel nacional para que ningún varón que habite en Francia condene a ninguna mujer al ostracismo que suponen ropajes claustrofóbicos. El espíritu de esa disposición es la de proteger a la mujer incluso de su propia familia.

Además de audacia, la ley presenta otra virtud: señala el origen de la desigualdad entre hombres y mujeres, y lo sitúa en el hecho de que la identidad de las mujeres musulmanas es parcial, pues están cosificadas por los varones con quienes viven, que las consideran su "propiedad". Sin embargo, la disposición francesa yerra de plano al creer que ese problema es exclusivo del Islam. El machismo permanece tan arraigado en la sociedad actual que, como estructura vertebradora de la identidad contemporánea, resulta invisible incluso a las víctimas y los perpetradores de él. Consciente de que el patriarcado es un

problema, Occidente encuentra sus manifestaciones en la coacción privada que el Islam radical ejerce sobre las mujeres, al tiempo que se muestra incapaz de detectar el machismo, feroz e inducido, al que las mujeres occidentales están sometidas desde su infancia por la esfera pública.

Comparemos dos vidas aparentemente divergentes: la de Laura, una mujer norteamericana aconfesional (Escenario A), y la de Fatma, una francesa musulmana (Escenario B).

**ESCENARIO A (Laura, 35 años), Londres. Lunes, 7:00 de la mañana**

7:00-7:25. Suena el despertador y Laura se levanta con sueño y se mete en la ducha. A la salida de la ducha, se desenreda el pelo y se unta cremas específicas sobre cada parte del cuerpo.

7:26-7:49. Laura despierta a su esposo y después a su pequeño Jeffrey (16 meses), y luego desayuna con toda la familia (como ella siempre va con prisa, es su marido el que le da el desayuno al niño).

7:50-8:20. Laura se lava los dientes, se seca el pelo a toda velocidad y da forma a su peinado con la ayuda de la plancha del pelo y algunos productos. Después se maquilla y se viste (¡menos mal que eligió ayer domingo la ropa para cada día de la semana!) Durante esa media hora, su marido ha recogido el desayuno, se ha arreglado y ha preparado a Jeffrey para que ella lo lleve a la guardería.

8:21-8:24. Laura desea un feliz día a su marido, que se marcha por su cuenta, y luego asegura a su hijo en la sillita de bebé para el trayecto en coche.

8:25-9:00. Ya en el coche, Laura lleva a su hijo a la guardería y después se dirigirá a su trabajo. (En el bolso: mini bolsa de maquillaje para repasar los pequeños desperfectos del día; en el maletero, la bolsa del gimnasio; en la agenda, la cita con la clínica de estética para repasar el bendito bótox que se inyectó hace 15 días y realizarse una nueva sesión de mesoterapia corporal -para erradicar definitivamente la flacidez que aún le queda del embarazo-.

**ESCENARIO B (Fatma, 29 años), París. Lunes, 8:00 de la mañana**

8:00-8:05. Fatma se levanta y se lava la cara (se bañó la noche anterior). A continuación despierta a sus dos hijos, Allaedin (13 años) y Fatma (11 años).

8:06-8:20. Fatma prepara el desayuno para ella y para sus hijos. Trata de no hacer ruido porque su marido sigue dormido ya que hoy tiene el día libre. Los tres desayunan.

8:21-8:25. Fatma se lava los dientes y se pone la ropa y el burka.

8:26-8:56. Ya en la calle, Fatma y sus hijos cogen el autobús para ir al colegio. Una vez allí, se despiden hasta la tarde, en que ella volverá a recogerlos.

8:57-9:00. Sentada en un banco, Fatma hace tiempo hasta que abran el supermercado. Repara en las sofisticadas mujeres francesas, que hacen equilibrios frenéticos sobre altísimos tacones y portan pesadísimos y preciosos bolsos, corriendo hacia sus puestos de trabajo.

9:02-9:38. Fatma hace la compra para el día. Luego, mientras espera el autobús para regresar a casa habla por teléfono con su mejor amiga, Tannita, y después con su padre, que sufre hipertensión y hoy tiene un chequeo médico.

9:38-9:57. Trayecto de regreso en autobús. Fatma tiene una desagradable experiencia porque un hombre le pellizca fuertemente la nalga. Cuando ella se vuelve y le grita que no la pellizque, él la insulta llamándola "Negro espíritu" ("*Esprit noir*") y la insta a que "Se vuelva a su país" (ella es francesa de nacimiento). Por su actitud corporal, el resto de los viajeros del autobús parecen mostrar aquiescencia con el agresor sexual. Nadie la defiende.

10:00-10:18. Una vez en su portal, y rota de rabia, Fatma se enjuga las lágrimas de impotencia por el humillante altercado del autobús. Conociendo a su marido, reaccionaría muy mal de saber lo ocurrido, y por ello se asegura de reponerse antes de entrar en casa.

\*\*\*\*\*  
\*\*

## **ESCENARIO A. Martes**

Todo debería haber sido igual que el lunes, solo que Laura se quedó dormida, pues la noche anterior olvidó programar el despertador. ¡Se levantó 45 minutos tarde! Entre llegar a tiempo a la importante reunión convocada las 9 y llegar tarde habiéndose preparado como de costumbre, optó por acudir puntual pero sin el pelo arreglado y sin maquillaje. Al verla llegar, todos en la oficina le preguntaron si estaba enferma ("¡Qué ojeras! ¿Te sientes bien? ¡Estás palidísima!") hasta el punto de que su jefe, muy comprensivo, le dijo que se volviera a casa y pidiera cita en el médico porque debía haber cogido un virus (Le dijo: "Cuando se lleva a los hijos a la guardería, le contagian a uno todo, ¿verdad? Por eso mi mujer terminó por dejar de trabajar.")

Desconcertada, Laura regresaba a casa a las 10 de la mañana, sana y con pesar, pues era evidente que la versión más natural de sí le daba muy mal aspecto. La peor noticia le llegó por la tarde, cuando una compañera la avisó de que, debido a su ausencia de ese día y por una urgencia de última hora, la cuenta de grandes clientes que iba a comenzar a gestionar esa mañana acababa de ser transferida a un rival que llevaba meses pisándole los talones: su trabajo de cinco años acababa de ser robado a última hora por un advenedizo.

Nunca, nunca más, olvidará Laura programar su despertador: jamás volverá a atreverse a salir de casa sin su maquillaje y su pelo magistralmente preparados.

## **ESCENARIO B. Martes**

Día idéntico al anterior aunque más gratificante. Ese día su marido se incorporó al desayuno con toda la familia y todos se rieron mucho por las anécdotas que contó de su trabajo. Eso los retrasó a todos un poco un poco y los niños llegaron 5 minutos tarde al colegio, pero el día fue bueno. ¡Y ningún desalmado la humilló en el autobús!

\*\*\*\*\*

\*\*

Seguramente, a ningún político occidental se le ocurriría prohibir a las mujeres el uso de cosméticos, pues tal prohibición atentaría contra las libertades individuales. Sin embargo, los cosméticos se convierten a menudo en una máscara, y el hecho de que tantas mujeres occidentales se adornen tanto, a costa de un dinero y un tiempo preciosos, responde sin lugar a dudas a su subyugación al criterio estético patriarcal, heredado del pasado. De no ser así, los hombres siempre habrían dedicado a su imagen esfuerzos similares a los de las mujeres (aunque no necesariamente de la misma forma, ni respondiendo a los mismos patrones estéticos).

Con la disposición del 11 de abril, los legisladores franceses han dicho que prefieren ver mujeres destapadas que mujeres tapadas, en vez de preguntar a las mujeres francesas, independientemente de cómo se vistan para salir a la calle, qué vestigios del machismo les resultan aún lesivos e interfieren con las elecciones que toman en distintos momentos de su vida.

Será una gran noticia que los gobiernos occidentales ganen conciencia de que la cosificación de lo femenino es un problema de orden ético, que en ningún caso puede ser acotado con disposiciones estéticas.

AMY MARTIN